

EL TEXTO COMO CÉLULA ORGANIZATIVA DEL APRENDIZAJE LITERARIO. (UNA DEFENSA DE LA LITERATURA)

Emilio Ríos.

Profesor de Lengua y Literatura

Instituto Recaldeberri, Bilbao

La Literatura es una disciplina humanística que, con motivo de la próxima reforma de la enseñanza, ha sido puesta en entredicho. ¿Por qué? ¿Se considera que no es operativa en la formación integral del alumno? ¿Se piensa que los métodos con que se viene abordando han fracasado? ¿Se cree que empacha al alumno, con sus interminables e infructuosas nóminas de autores y títulos?

¡Qué cúmulo de aberraciones! La Literatura, señores, es un arte; tal vez la más excelsa, junto a la música. Autores de la talla de Bécker, Lorca, Juan Ramón, Alberti... la cambiaron a partir de otras que también practicaban, por encontrar en ella una mayor capacidad y profundidad de comunicación. Y es que la Literatura es, en esencia, una comunicación inteligente y bella que, partiendo de un cuerpo lingüístico, con toda la riqueza y potencialidad de la doble vertiente emisivo-receptiva que esto entraña, se eleva a la categoría de arte.

Lo que nos falta es entender que la literatura es también un hecho vital, social, cotidiano y tan necesario que su ausencia originaría el mayor cataclismo intelectual y cultural que el mundo haya podido padecer jamás.

Porque la Literatura está en la vida, a nuestro alrededor, las veinticuatro horas del día; en lo que hablamos y en lo que leemos y escribimos; en los periódicos y revistas; en la radio y la televisión; en el cine y en el teatro; en las canciones, en los anuncios callejeros, en las conferencias y en los monumentos. El propio inconsciente se libera cada noche, a través de los sueños, sin conseguir enajenarse del hecho literario.

Los literatos han llenado nuestra vida de caminos para poder llegar a las preguntas personales más íntimas y trascendentes; de lámparas para iluminar los misterios más oscuros de nuestra existencia; de estímulos para soportar la gravedad de cada destino.

En una encuesta anónima y honestamente planteada que propuse a unos alumnos de 3º de BUP, hace tres o cuatro años, la Literatura era precisamente su asignatura preferida; muy por delante de la Historia y de todas las demás.

Si algo se está haciendo mal en la enseñanza de esta materia es, posiblemente, el enfoque mercenario a que se la somete a veces, olvidando su entrañamiento con la vida. La Literatura, criatura indómita, no permite un tratamiento memorístico si no es éste vasallo incondicional de lo puramente emotivo.

El hecho es bien sencillo: un ente emite su experiencia vital, manipulada —si se quiere— por la fantasía. Y otro la recibe, asumiéndola total o parcialmente. La charnela es el texto literario. Un tejido ("textus") que, al tejerse (codificación emisora=fase onomasiológica) y destejarse (descodificación receptora=fase semasiológica) se convierte en mensaje. Esta es la auténtica clave del hecho literario. No solamente erudición/No solamente lectura, como vienen propugnando las posturas maximalistas. Sencillamente, liberación del texto en el conocimiento veraz de su contexto.

Cesare Segre define técnicamente el concepto de texto diciendo: "es una sucesión fija de significados gráficos que son portadores de significados semánticos". Pero yo pienso que además existe una dimensión humana que hace del texto un S.O.S. arrojado por el naufrago/escritor, desde la isla de su soledad, al mar de lo incógnito, en la esperanza de que alguien pueda, quiera y acierte a entronizarlo en su propia interioridad.

El texto es, indudablemente, lo más importante. La lectura, por tanto, representa el primer paso. Pero no olvidemos que detrás de cada texto palpita un hombre. Y también una circunstancia, una época, un posicionamiento.

Lain Entralgo apunta que la unidad interna de un texto presenta tres aspectos: lo que el texto quiere decir a) gramaticalmente, b) históricamente y c) personalmente. Es la función trifásica del texto perfectamente sintetizada.

Las modernas tendencias que pretenden reducir la enseñanza de la Literatura a una mera motivación lectora han desnudado a un santo para ves-

tir a otro. Un texto descontextualizado es un contrasentido. En Aranguren hemos leído: “Un texto es inseparable de su contexto”. Y el contexto de un texto literario hay que buscarlo, ineludiblemente, en la historia de la Literatura, de la que no podemos prescindir en modo alguno.

Un análisis a espaldas del contexto no ofrece garantía alguna y sólo se presta a elucubraciones espontaneístas. La lectura diversiva no puede ni debe sofocar otras dimensiones de lo cultural/literario, sino sencillamente motivarlas.

En algunos de los sistemas que pretenden comentar un texto desde diversas perspectivas novedosas (llamémoslas: formalismo, estructuralismo, nueva crítica, psicoanálisis, etc.), hay un anhelo de escamotear un componente esencial que es el autobiografismo, virtual desencadenante de toda unidad textual. Tal vez, en la intención de podar al máximo –de cercenar, más bien– la historia de la Literatura de la que, en una etapa que aún perdura, algunos han abusado.

Pero el autobiografismo está presente, queramos o no reconocerlo, en una altísima proporción del texto y de los textos. “Toda obra de ficción –asevera Unamuno–, todo poema, cuando es vivo, es autobiográfico.”

Y Borges escribe lo siguiente: “Un hombre se propone la tarea de dibujar el mundo. A lo largo de los años puebla un espacio con imágenes de provincias, de reinos, de montañas... y de personas. Poco antes de morir, descubre que ese paciente laberinto de líneas traza la imagen de su cara.”

Ningún texto tiene una autarquía absoluta de su época y de su autor sino que, muy al contrario, manifiesta siempre una batería de dependencias que conviene tener muy presente si no queremos errar en el desentrañamiento de su auténtico sentido.

Si se trata de un microtexto (fragmento de una novela, poema de un poemario) el primer grado de contextualización estará, sin duda, en el macrotexto, que puede extenderse hasta los límites de la obra total de su creador. El segundo grado de contextualización tendrá que ver con el autor, en sus coordenadas espacio-temporales del “allí/entonces”. El tercer grado será la época, el movimiento imperante, el complejo sustrato de las influencias. Y el cuarto grado girará alrededor de la historia de la Literatura, en comunión con la historia del Arte, la de la Filosofía, etc. y la Historia a secas.

De aquí que el resultado de una buena comprensión del texto dependa, en gran parte, de ese otro tejido “in conscientia” que rodea y determina al

tejido “in praesentia”, para formar con él una sola entidad comunicativa, en la que, sobre lo denotativo, vuela, a mayor altura, un rico y expresivo universo de connotaciones. Por eso dice Borges que “leer es saber más de lo que está escrito”.

He aquí, pues, en lo que realmente consiste el aprendizaje de la Literatura: en leer los textos literarios sabiendo contextualizarlos adecuadamente.

El texto es, por tanto, –debe serlo– desde su esencia dual y conjuntiva, la célula capaz de organizar todo un sistema de aprendizaje de la Literatura. Hace tiempo que estoy convencido de ello. Y, como consecuencia, una de mis más acuciantes actividades profesionales ha sido, desde años atrás, (y sigue siendo) la preparación de un generoso archivo de textos que me permite ya articular un desarrollo racional y metódico de la disciplina a partir de él.

De este modo, cuento en cada momento y situación con textos para explicar mi método particular de comentario; textos para verificar la asunción, por parte del alumno, de dicho método; textos para trazar la trayectoria literaria de cada autor concreto; textos para corroborar características expresivas, idiolectos, estilemas, etc. de autores o movimientos previamente estudiados y textos que, dada su carga de elementos significativos relacionados con los contenidos del programa, pueden servir muy bien para evaluar al alumno, parcial o totalmente.

Como puede deducirse de esto, son dos las funciones esenciales del texto en el aula literaria y muchas sus aplicaciones. La 1ª función consiste en pasar, mediante una operación catafórica, del texto al contexto. Un ejemplo habitual sería explicar un autor a partir de una o varias de sus creaciones. (Verbigracia: con media docena de poemas bien seleccionados se puede diapositivar bastante bien a un poeta.) Desde los buenos textos, esta operación resulta tan sencilla como diagnosticar una tuberculosis analizando las correspondientes radiografías de un paciente.

Para llevar a cabo este objetivo, nada mejor que disponer de un selecto y bien nutrido archivo, en el que hayamos previamente distribuido sus unidades según la tipología textual acorde con los usos que pretendamos en las diversas actividades que conformen y agoten el sistema didáctico propuesto.

Pero no es necesario que sea siempre el profesor quien proponga el texto. Puede hacerlo, con un poco de fortuna, cualquier alumno que se preste a

leerlo y defenderlo en clase. A partir de ese momento, la maquinaria se pone en marcha. No es nada preparado ni previsto. Todo fluye con cierta naturalidad. Los compañeros se sienten entonces más favorables a aportar alguna opinión. El profesor, mientras tanto, y con exquisito tacto, decanta, pule y cuida el timón, motivando en todo momento a una participación activa, correctiva y asimilativa. El viento es decididamente favorable. ¡A navegar!

La 2ª función consiste en pasar, mediante una operación anafórica a la unidad textual, del contexto al texto. Un ejemplo sería haber explicado a palo seco las características de un movimiento y luego ratificarlas expresamente en algún texto adecuado, apoyándonos, al menos en primera instancia, en las iniciativas del alumnado.

Ambas funciones son interesantes (la 1ª sobre todo) y complementarias. Y se pueden manifestar en actividades variadas dentro de una combinatoria previamente programada.

Con lecturas de textos críticos, por ejemplo, (y siempre desde una participación individual que debe culminar en la correspondiente puesta en común) se puede completar un cuadro de perspectivas que definan un movimiento o un género, en alguna etapa de la historia literaria.

Mediante la recitación comentada de un poema por alumno, se conseguiría una valiosa antología personal, elaborada desde dentro y capaz de reflejar verazmente los registros creativos de un autor concreto.

El teatro leído en clase, asumiendo cada alumno un rol o una misión —el teatro leído exige también un montaje mínimo— es una actividad que vivifica el texto e implica a sus oficiantes en el desarrollo de la doble función de realización comunicativa y de crítica que todo hecho literario requiere, cuando se pretende un mínimo nivel de eficacia en el eje enseñanza/aprendizaje.

No podemos dejar de mencionar que por el comentario de un texto, bien meditado y seleccionado por nuestra parte, vamos a ser capaces de evaluar, no sólo las facultades comprensivo—expresivas y analítico—sintéticas de los educandos, sino también el progreso individual logrado, tanto en la adquisición de conocimientos como en la articulación de recursos personales con que se pueden enfrentar al hecho cultural—literario.

La casuística es inagotable. El caso es entender que el centro de gravedad es el texto y por él hemos de pasar, ya sea en el camino de ida, en el de vuelta, o en ambos a la vez. En el texto se hallan todas las potencias de la razón literaria de nuestras clases y hay que agotar con él el rico arco iris que

esta asignatura requiere y proporciona, en el terreno de la comunicación inteligente y artística.

La preparación del archivo es un hecho personal (los modelos ajenos apenas sirven a nuestras circunstancias de aula, siempre tan específicas) y requiere una paciencia larga y una atención permanente. En cada libro que uno lee, hay frecuentemente alguna nota como ésta: “¡Ojo! líneas 4 a 17. Buen texto para ver las características del romanticismo”. Luego es fácil. Se pasa al cliché y, mediante las modernas técnicas de reproducción asexual por multicopista, tenemos ya un material que, en su día, resultará provechoso.

Luego está, como pasa con todo, el cariño que uno ponga y los recursos con que la naturaleza y la experiencia le hayan dotado. Algo fundamental es vivificar los textos. Tratarlos como criaturas individuales, si bien unidas a su autor por un oculto cordón umbilical. Poner en ellos ese toque humano de ternura y sensibilidad que pueda hacerlos más atractivos. El fichero es sólo un almacén. Luego hace falta la persona que sepa utilizarlo en su correcta dimensión.

Otro detalle efectivo consiste en restar academicismo al asunto. Yo, a veces, empiezo diciendo que se trata de un texto que me ha enviado un amigo; o que me lo he encontrado en un lugar inverosímil. También sirve decir que no se sabe de qué autor pueda ser, para, entre todos, adscribirlo y fijarlo; siempre con una inseguridad de tintes lúdicos que favorecerá la participación. Se trata de que el alumno no piense que nosotros lo sabemos todo; que él no va a poder aportar un ápice a lo establecido. Una fórmula adecuada sería, por ejemplo: “Yo no sé lo que ha querido decir aquí el autor. Bien a gusto se lo hubiese preguntado, pero está ya muerto. ¿Vosotros seréis capaces de intuirlo?”

Tampoco hay que olvidar las posibilidades de aprovechamiento de los textos cantados, que los propios alumnos pueden aportar a la clase. En esta línea, suele motivar bastante el intento de inventar una música para un poema cualquiera del autor que nos ocupa. A veces, me he llevado la grata sorpresa de que la canción queda tan bonita como si la hubiera compuesto un profesional.

Otras actividades textuales serían las relacionadas con la recitación, la escenificación y la creación, que deben estar siempre presentes en un curso de Literatura, en cualquier nivel que impartamos.

La recitación puede ser espontánea o preparada. La primera, dado el pobre nivel de lectura que los alumnos de hoy consiguen, suele quedar un tanto desdibujada. La segunda, sabiendo de antemano el recitador qué poema tiene que ensayar, y conociendo o potenciando un mínimo de recursos individuales con los que generalmente se puede contar, suele ser más recomendable, pudiendo realizarse en algún homenaje a un poeta, en un concurso, etc.

La escenificación puede tener lugar en la propia hora de clase o dentro de alguna actividad extraescolar. Todos los que utilizamos esta segunda fórmula sabemos el trabajo que ello supone pero también los beneficios que reporta. Los ensayos son ocasiones de oro para intensificar la convivencia con los alumnos, sobre todo si en las obras participa también algún profesor. Curiosamente, la fórmula primera es la menos utilizada, a pesar de su sencillez. Si en la clase hay un ambiente propicio, no cuesta conseguir que, por ejemplo, el día que toque hablar de los romances viejos, un grupo de alumnos (los más predispuestos) escenifiquen uno de tantos (¡Son todos tan hermosos!) con un mínimo, incluso, de escenografía y vestuario. Suelen ser clases inolvidables. El texto entonces se ha puesto en pie delante mismo de nosotros.

La creación engloba todas aquellas situaciones en las que el discente se convierte en auténtico emisor del mensaje artístico. Es una perspectiva que aporta otra experiencia conveniente para el mejor estudio del hecho literario. Las proyecciones pueden ser diversas; desde convocar un concurso hasta motivar juegos como el de completar un texto, imitarlo en tema o estilo (añadir un capítulo al Quijote, por ejemplo), etc.

Existen otros textos, no necesariamente artísticos, que guardan estrecha relación con el aprendizaje literario y que pueden y deben utilizarse en clase. Se trata de los recortes de periódicos y revistas literarias, almacenados en otro archivo, que aportarán, en su momento, un material idóneo para que, tanto profesor como alumnos, lo manejen oportunamente en relación a cada unidad didáctica. Este archivo requiere una labor previa de años, si bien, una vez que se alcanza un nivel y caudal mínimos (cuantitativa y cualitativamente), el esfuerzo compensa con creces, por la disponibilidad de documentos vivos con que podremos culminar el estudio de ciertos temas. En la recolecta de artículos pueden también colaborar los propios alumnos.

De cualquier modo, el comentario de textos, tan preterido en otras épocas, es hoy, por suerte y por justicia, el acto literario más apropiado y firme en

nuestras clases. Y respecto a la evaluación, ocupa ya el lugar que le corresponde.

Comentar, explicar o analizar un texto se debe convertir en una actividad superior, dentro de lo “comprensivo-expresivo”, abundando en el eje principal de todo planteamiento en la disciplina literaria. Marina Mayoral ha apuntado acertadamente que “lo primero es comprender. Después criticar”. He aquí las dos prestaciones didácticas más relevantes de este recurso, en tanto que ejercicio participativo y mostrativo de la madurez y nivel cultural del educando.

El comentario de texto tiene en nuestro desempeño docente dos objetivos prioritarios: el primero es que el alumno aprenda y demuestre un modo de leer, de asimilar y de aportar una respuesta (personal, cultivada y madura) a cualquier mensaje literario que se le proponga. Y el segundo es que el alumno, relacionando el texto con su contextualización en los diversos grados, dé fe de haber aprehendido dicha obra desde sus principales presupuestos conceptuales y formales.

Hoy en día existe una bibliografía lo bastante ofertativa y variada como para poder, cada uno de nosotros, llegar a cuajar un sistema propio que se adecúe a las necesidades del aula, en cada caso. Lo que algunos traducen negativamente (el problema de no contar con un modelo cerrado y único de comentario) es, en cierto modo, algo muy positivo, que requiere el esfuerzo personal de cada docente en un sentido de reciclaje continuo. Y, a fin de cuentas, ¿no exige cada texto un tratamiento específico, único y personal? Pues démoselo. Jugemos incluso al derecho a equivocarnos.

No deja de ser sugestivo el saber que, como dice Bernard Gicquel: “Un texto no libera de súbito todos sus secretos”. Y Gabriel Celaya: “Hay poemas que nunca comprendemos del todo”. Ese matiz imperfectivo, que deja siempre un hueco al acaso, tiene su atractivo en una disciplina no científica. Juan Ramón ha puesto también el dedo en esta llaga cuando apunta: “La poesía es como la amante ideal y real que no se dejará cojer del todo y así permanece eterna”.

Lo esencial, a fin de cuentas, es estar convencido, desde nuestra perspectiva docente, de que para cada ocasión existe algún texto “esperando la mano de nieve” que sepa arrancarle su secreto.

Y por eso hay que hacer el acopio y el uso adecuado de los textos que nuestra rica historia de la Literatura nos ofrece; en aras de lograr un método

de la enseñanza literaria sólido, vital e incontestable. Es trabajo personal que nace de la vocación profesional, de la propia lectura y de alguna idea aprovechable de quienes nos preceden en esta dedicación.

La Literatura está ahí, en la picota. Algunos disparan a matar. Dicen que es una puta de lujo, cuando en realidad se trata de la más excelsa de las amantes. Han olvidado la receta inefable del moguereño: “Amor y poesía cada día”. Lo demás son cuentos chinos. Y, si no, que lo digan los textos.